

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

VIERNES 25 DE ABRIL DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.



EL SEÑOR

DON MARTIN PERREA VALCARCEL

EX-GOBERNADOR CIVIL DE LA PROVINCIA DE ALBACETE Y MURCIA Y EX-DIPUTADO PROVINCIAL

HA FALLECIDO

EN LA MADRUGADA DE HOY, EN LA CIUDAD DE MULA, DESPUES DE HABER RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Su esposa D.^a Caridad Martinez Pérez, sus hijos D. Juan Antonio, D.^a Josefa, don Julián, D.^a Encarnación, D.^a Luisa, doña Caridad, doña Isabel, don Martín y doña María, hijo político don José Selgas, hermanos políticos, sobrinos y demás familia;

Ruegan á sus numerosos amigos encomienden su alma à Dios, favor por el cual les quedarán eternamente reconocidos.

Mula 25 de Abril de 1902.

COMO SIEMPRE

España es la nación de los egoísmos. Aquí todos piden angustiosamente economías, podas en los presupuestos, amputaciones de organismos, y cuando alguien pone mano en lo poco útil para suprimirlo, estalla el asordante clamor de los perjudicados, y la prensa ruje indignada, y los representantes en Cortes más benévolo apostrofan al Gobierno amenazándole con terroríficos apocalipsis, y se celebran mítins y se amenaza... Todos quieren economías, pero en el cercado ajeno, donde no sean tan sensibles como en el propio.

Algo por el estilo ocurre ahora con el asunto de las carnes. Toda España pedía resoluciones que remediasen la carestía de tan necesario artículo de consumo, y la prensa excitaba al gobierno para que sin vacilaciones ni tardanzas resolviese el conflicto engendrado por la escasez de carnes, en evitación de motines peligrosos, de una asonada de hambrientos. Mas ocurre lo de siempre. Cuando los gobernantes se aprestan á favorecer al pueblo, dictando medidas cuyo fin próximo fuera el remedio del mal, los perjudicados, los eternos perjudicados, bajan á la palestra armados de todas armas y diciendo que es justo padezcan las demás regiones para que una se salve.

Apenas habló el gobierno de rebajar los derechos arancelarios que pesan sobre la importación de ganados, los ganaderos de Galicia, ni cortos ni perzozos, comienzan á clamar contra *abuso tan irritante, tan nocivo*, y sus diputados y senadores empuñan las armas de combate, decididos á que no prospere el acuerdo ministerial. Galicia primero —dicen— y España después. ¡Qué triste es eso!

Quienes no sirven para remediar el conflicto, engendrado por la avaricia primeramente, sirven para impedir que se resuelva con daño suyo, aunque esto lleve aparejado el de todas las provincias españolas, y hablan sin rebozo de

las conveniencias particulares como si el interés común no estuviese por encima de todos los demás. A tal punto llega el egoísmo entre nosotros, que ante la necesidad imperiosa del momento, se piensa en la ganancia que puede perderse; y ya se habla de mítins, de exposiciones «razonadas pero enérgicas», de oposición invencible en las Cortes, y de temores de probables alborotos. De todo se habla en Galicia, menos de las clases humildes que no pueden llevarse á la boca un pedazo de carne, porque cuesta, como luego se dice, un ojo de la cara. Y esto es lo más importante.

Pero en esta labor, no estará solo el Gobierno, pues todos los que sientan amor á los desheredados, á los tristes sin fortuna, apoyarán resueltamente esa medida que ha de poner al alcance de estos el nutritivo bocado que devuelva á sus músculos el vigor que les robaba su incesante trabajar. Los egoísmos regionales no pueden salir vencedores en esta lucha odiosa entre los que nada tienen y los que juzgan corta cualquier pingüe rendimiento; por que no ya el cariño á los menesterosos sino el instinto de conservación agrupará á todos los que no se presten á redondear las ganancias de los endiosados ganaderos gallegos. Si no ocurre así, puede asegurarse que entre las muchas cosas que España ha perdido, la dignidad también nos ha abandonado.

CRONICA

SACANDO HIJUELA

Un sendero, tendido entre dos compactas filas de rosales, que, cuajados de flores rojas parecen sostener trozos de carne sanguinolenta, conduce á la casa: una casita de adobes carcomidos por la lluvia y que se yergue con altivez entre moreras y naranjos, más como robusta moza que á modo de anciana fuerte aún.

El suave aroma de las flores despe rezaba á nuestros sentidos, que el sol de Abril adormeciera; y en tanto erraban

vagabundos los ojos por los haberes, que parecían moverse hácia el sendero para percibir más de cerca el perfume de las rosas, la imaginación volaba, volaba, meciéndose en los helíctros dorados de melancólica *malagueña*, que dilatándose perezosamente, parecía acabarse en un suspiro, para crecer de nuevo y extinguirse en una nota impregnada de amargura... Llegamos á la casa.

En un declive del terreno, hundido allí como al golpe de maza de un gigante: á la sombra de dos añosas higueras, se agrupaba un puñado de mujeres en torno de grandes lebrillos, que, casi llenos de agua amarillenta, mostraban la corona verde de su boca, sonriendo como glotonos insaciables al guardar en su dilatado vientre la riqueza, alegre del huertano, seguro ya de su triunfo sobre las crueldades de la naturaleza. Enclenque ciegoecillo, sentado junto á una pila de estiércol humeante, rasgueaba la guitarra, mientras garrida moza de grandes ojos negros, de rostro árabe, prendía en el tenue hilo de su voz los diamantes que anónimos trovadores han engarzado en humildes coplas populares. Y tendidos junto á las mujeres; revoloteando por el suelo; persiguiéndose con agudos chillidos por entre los zarzos, que descansaban sobre las paredes de la casuca, ocho ó diez arrapiezos—color de cobre antiguo—daban al cuadro no sé qué tinte moruno, qué tonos de aduar, qué carácter primitivo...

El trabajo era incesante, febril. Las hijueleras no hablaban, y atendiendo sólo á su labor, cogían con presteza avariciosa, del lebrillo puesto á su frente, los verdeantes guanos, y haciéndoles con la uña leve incisión en el dorso, sacaban la resplandeciente hebra, que iba á engrosar el montón de fuertes filamentos, de rica *hijuela*, semejante á hilo de oro con remates de plata, que se tendía sobre el borde de los lebrillos como resplandeciente cabellera.

Los ojos seguían, con un punto de admiración, el presuroso movimiento de manos de las trabajadoras, manos

renegridas por la no muy pulcra labor; y viendo como entre ellas se quebraba el gusano, muerto ya por el vinagre en que se le deposita, la imaginación se las figuraba imagen del Destino, que á veces truaca la vida para que brille la hebra de oro del genio...

Los ojos seguían el movimiento de las vivaces manos, y la imaginación se remontaba entristecida.

Aquellas pobres luchadoras, que viven días y días acurrucadas junto al lebrillo de aguas amarillentas, y consumen sus entusiasmos y ven morir sus ilusiones sin cesar en la penosa labor, sólo consiguen un mísero salario de ocho reales desde que la aurora las llama á la faena y el crepúsculo vespertino las devuelve á sus hogares. ¡Ocho reales por libra de hijuela! ¡Y cuán pocas mujeres alcanzan la libra! No pensarán en ello los ociosos pescadores de caña, cuando pasean por las turbias aguas de un río, el anzuelo, atado á la irrompible hijuela...

El trabajo seguía, incesante, febril. Los montones de hijuela, puestos á secar sobre la encañizada, iban aumentando en número, y el sol de la tarde les prestaba aun áureos reflejos... Las manos se hundían en los lebrillos, con lijereza admirable. Los ojos chispeaban con algo de codicia. El ciegoecillo, tornaba á la altura sus ojos sin luz, como buscando los brilladores de la mozueta que junto á él cantaba; y en tanto la tropa de chiquitines corría persiguiendo á una mariposa.

Me acerqué á la mesa de blanco pino donde campeaba frugal merienda campesina; volviendo á hurtadillas los ojos para mirar al ciego y su acompañante: Acaso ella sacase de aquel pobre gusano de la orgullosa sociedad, el hilo de oro de amor inacabable.

Augusto Vivero

ESTÁN VERDES

El incansable Sr. Otero, Director del «Magisterio Nacional» ha entregado en la intendencia de Palacio, una exposición, pidiendo que para solemnizar

la mayoría del Rey, se paguen los 32 millones de reales que por atrasos se deben al Magisterio.

Pueden los maestros esperar sentados á que llegue el venturoso día de cobrar esos atrasos, porque eso vá para largo.

Treinta y dos millones de reales son muchos millones para que en Palacio se decidan á añadir ese fustejo á los de las próximas fiestas.

¿Y quién vá á pensar en el pago de tan justísimas atenciones, cuando las obras de adorno del Congreso importarán tanto dinero? Lo dicho. Que esperen sentados los maestros, que no está el horno para bollos, ni S. M. para bicocas semejantes.

La rebaja en los trenes

Las Compañías de los ferrocarriles del Sur de España (Almería), de Lorca, de Biza, de Soria, del Central de Aragón (Teruel), de Andaluces y de Madrid á Zaragoza y á Alicante han terminado una importantísima combinación, que permitirá ir á Madrid en ventajosas condiciones á los individuos de una misma familia, puesto que obtendrán una economía en el viaje del 50 al 70 por 100 según el número de personas y las distancias que hayan de recorrer, abarcando dicha combinación las principales estaciones de las provincias de Gerona, Barcelona, Tarragona, Zaragoza, Teruel, Soria, Guadalajara, Cuenca, Albacete, Alicante, Murcia, Almería, Granada, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva, Córdoba, Jaen' Ciudad Real y Badajoz.

La expedición de billetes tendrá lugar del 1.º al 10 de Mayo, y servirán para el regreso del 18 de Mayo al 12 de Junio, pudiendo utilizar los viajeros los trenes correos y mixtos, según la composición de los mismos y la clase de billetes que se adquirieran.

Como muestra de la gran facilidad que prestan las Compañías con este servicio, citaremos el ejemplo de una familia compuesta de seis individuos que viaja en segunda clase desde

